

LA CORPOREIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Enrique Barón, sj

Sumario: En este artículo se realiza una reflexión sobre la corporeidad de la resurrección de Jesús, atendiendo a los aspectos que están en juego en relación a la misma: el sepulcro vacío, las apariciones del Resucitado, el cuerpo glorioso en Pablo y unas consideraciones sobre el carácter "histórico" de dicha resurrección. El autor intenta ofrecer una visión integradora del problema, huyendo de dos extremos: un positivismo craso, que o bien niega la resurrección corporal de Jesús, o la reduce a una simple reanimación de un cadáver, y un espiritualismo ciego que acaba restando importancia al cuerpo glorioso de Cristo en pro del protagonismo de la inmortalidad del alma.

Palabras clave: resurrección, corporeidad, Jesús apariciones.

Summary: In this article a reflection is carried out on the corporeal nature of Jesus' resurrection, focusing on the aspects that are in gear with relation to the same: the empty tomb, the apparitions of the Risen one, the glorified body in Paul, and a few considerations of the "historic" character of the said resurrection. The author tries to offer an integrating vision of the problem, shunning two extremes: a gross positivism, which either denies the bodily resurrection of Jesus, or reduces it to a simple re-animation of a corpse, and a blind spiritualism which ends up by taking away importance from the glorified body of Christ, on behalf of the leading role of the soul's immortality.

Key words: resurrection, corporeal nature, Jesus, apparitions.

1. Introducción

Los relatos evangélicos sobre la resurrección de Jesús dejarán en algunos lectores la impresión de que se presentan en ellos unas imágenes demasiado crasas y materiales. El sepulcro vacío y algunos rasgos realísticos de las apariciones (cuerpo palpable, llagas de la crucifixión, el comer) pueden llevar a la idea de la vuelta a la vida de un cadáver. Los mismos rasgos en que esta vida se diferencia de la nuestra parecen ser simplemente de orden espacio-temporal: presentarse con las puertas cerradas, desaparecer de la vista, aparecerse bajo una forma u otra. ¿Qué sentido tiene esta sobre-vida más o menos fantasmal? ¿Se puede ver en ella el modelo de la salvación y el colmo de las aspiraciones del hombre? ¿No será más bien el producto de una mentalidad de la época, la apocalíptica judía, que pensaba esa sobre-vida de un modo demasiado corporal? ¿No será este modo de representación inadecuado para nosotros? ¿No hará falta desmitologizar la resurrección o reinterpretarla con otras categorías y en definitiva descorporeizarla?

Porque en último término la cuestión es ésta: ¿tiene sentido la resurrección corporal? S. Pablo decía: “Si los muertos no resucitan, entonces Cristo tampoco ha resucitado” (1 Cor 15,16). Lo decía a unos griegos que tenían una predisposición contraria a admitir la resurrección corporal. Si la idea misma carece de sentido, serán inútiles los argumentos que aduzcamos para probar el hecho; con razón nos negaremos a admitir un hecho carente de sentido. Y, sin embargo, la resurrección corporal de Jesús no sólo pretende tener sentido, sino dar sentido a la muerte en la cruz, a la vida entera de Jesús, a la vida de cada hombre y a toda la Historia.

2. ¿ Inmortalidad del alma o resurrección corporal?

Oscar Cullmann presentaba hace años la alternativa: ¿inmortalidad del alma o resurrección de los muertos en el N. T.?¹ Mientras que el N. T. está decididamente por la resurrección de los muertos, entendida siempre en sentido corporal, posteriormente se ha desarrollado de tal modo en la Iglesia la doctrina de la inmortalidad del alma que ha llegado a oscurecer o casi a suplantar a la resurrección de la carne. En lo que se ha insistido doctrinalmente y lo que ha inspirado la práctica ha sido la inmortalidad del alma².

Este predominio se debe en buena parte al influjo griego en la Iglesia y en la cultura occidental. Para los griegos, en particular para Platón, el cuerpo es la cárcel o la tumba del alma. El cuerpo es malo y no debe seguir existiendo. Por la muerte el alma se libera de esa cárcel, se despoja de ese vestido que le impide moverse libremente. Es una concepción dualista: cuerpo y alma pertenecen a dos mundos distintos y opuestos. Se comprende que la resurrección corporal no entrara de ninguna manera en su modo de pensar; sería condenar al alma a cadena perpetua. Cuando Pablo la anuncia por primera vez en el Areópago, sus oyentes se ríen de él (Cf. Act 17,31s). No deja de ser paradójico que una doctrina que en sus orígenes fue tan contraria al Cristianismo posteriormente haya ejercido tanto influjo en él. Es verdad que se la ha despojado de su incompatibilidad con la resurrección corporal. Pero, aunque sea en su forma aristotélica de dualismo más mitigado ¿no le ha quedado algo del dualismo y espiritualismo griego? Hay un espiritualismo cristiano y una ascética despreciadora del cuerpo que no favorecen en nada a la fe en la resurrección corporal. La resurrección de los cuerpos queda en todo caso reducida a un segundo acto, que sólo añade algo muy secundario a la “salvación del alma”. Esto sería lo verdaderamente importante y decisivo. Y si la resurrección no es gran cosa para los muertos en general, tampoco lo será para Cristo.

Centrando la cuestión de la corporeidad en la resurrección de Cristo, vamos a fijarnos primero en las narraciones del sepulcro vacío, después en algunos rasgos de las apariciones del resucitado y, por último, en la interpretación paulina del cuerpo resucitado. Añadiremos unas palabras sobre la historicidad de la resurrección de Cristo, que es una cuestión conexas con la corporeidad. Se tratará, por una parte, de comprender

¹ Aparecido como artículo en ThZ (1956) 126-156 y después como libro, que ha sido recientemente traducido al castellano.

² Cf. K. RAHNER, *Escritos de Teología*, II, pp, 217-231

rectamente los textos y, por otra, de criticar los puntos de vista o preconcepción con que nos acercamos a ellos.

3. El sepulcro vacío

Con frecuencia se presenta al sepulcro vacío como un fundamento de la fe en la Resurrección, junto al otro fundamento que son las apariciones. Recientemente, por el contrario, algunos autores protestantes y católicos niegan que el sepulcro de Jesús fuera encontrado vacío.

La principal dificultad es que en las cartas de S. Pablo, en las fórmulas primitivas de fe recogidas en ellas y en la predicación apostólica transmitida por los Hechos de los Apóstoles no se menciona el sepulcro vacío ni se argumenta a partir de él. De aquí deducen algunos que las narraciones de los cuatro evangelios son formaciones tardías sin valor histórico.

El contraste entre los evangelios por una parte, y S. Pablo y los Hechos de los Apóstoles por otra es verdadero, pero solo hasta cierto punto. Hay una coincidencia y es que si en S. Pablo y los Hechos la fe en la Resurrección se funda sólo en las apariciones, en los evangelios también se funda sólo en ellas; el hecho de que el sepulcro estuviera vacío y su constatación no se presenta como fundamento de la fe en la Resurrección. No podemos detenernos en la exégesis. Sólo queremos notar que en la narración de Mc, que es la más antigua, lo central, hacia lo que toda ella va orientada, no es el hecho de que el sepulcro estuviera vacío, sino las palabras del ángel. Si lo central fuera el hecho de que el sepulcro estaba vacío, el evangelista tendría que decir que las mujeres lo constataron, y no lo dice. El sepulcro vacío es el *marco* de la revelación del ángel, es decir, de una revelación que procede de Dios: “No temáis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado”. Esta afirmación explica lo siguiente: “No está aquí” y la invitación a constatarlo. Las palabras del ángel en su formulación evangélica son un eco de las palabras con las que los apóstoles anunciarán la Resurrección (cf Act 2,22; 3,6; 4,10).

Apliquemos un principio de exégesis, según el cual las palabras de los evangelios hay que entenderlas a la luz de las situaciones de la vida de la comunidad, en que se transmitieron las tradiciones en que se basan. En las del ángel destaca el interés por el lugar: “No está *aquí*. Ved el *lugar* donde lo pusieron”. Sabemos que los judíos tenían gran veneración por los sepulcros de los personajes santos y que Jerusalén era un centro de atracción religiosa para las primeras comunidades judeo-cristianas. Es muy verosímil que fueran en peregrinación al sepulcro de Cristo y que en él celebraran su Resurrección. Hay fórmulas semejantes a las palabras del ángel en los relatos de los peregrinos cristianos a Palestina. Se confirma con las precisiones topográficas y cronológicas del relato de la Pasión; es probable que éste se dirigiera a quienes evocaban sobre el lugar aquellas acciones. Por razón de estos destinatarios en el relato de Mc no hay una intención apologética. Lo que busca el peregrino no son pruebas y constatación sensible, sino vivir el misterio de la Resurrección sobre el lugar mismo en que se obró.

Cuando Lucas dice (24,11) que los discípulos no creyeron a las mujeres, está indicando también que la fe en la Resurrección no se funda en el sepulcro vacío. En esto coinciden las narraciones de los evangelios con las fórmulas de fe de las epístolas paulinas y con los discursos de los Hechos³. La intención de estas fórmulas y discursos es fundamentar la fe y por ello no recurren al sepulcro vacío.

El sepulcro vacío en sí mismo puede tener muchas explicaciones: la muerte aparente de Jesús, el robo del cadáver por los discípulos, que el sepulcro no fuera identificado. Estas explicaciones no satisfacen; son hipótesis en el aire sin apoyo en datos positivos. Pero de todas maneras entre el hecho externo del sepulcro vacío, constatable por simple percepción natural, y la Resurrección de Jesús hay una distancia humanamente insalvable. Si se suprime la distancia se reduce la Resurrección a una realidad terrestre al alcance de la percepción natural, su corporeidad sería igual a la nuestra y pensaríamos con razón que ésta es una representación demasiado burda. Pero el sepulcro vacío no es más que un vacío; la Resurrección por el contrario es la plenitud. Sobre el vacío no se puede fundar la plenitud. Tiene que llenarlo, como sucede en los relatos evangélicos, la revelación de Dios, la única que puede salvar la distancia. Esta revelación anuncia que ha tenido lugar una misteriosa acción creadora. La “nueva creación” que ha comenzado es tan radicalmente nueva que lo antiguo queda reducido a un vacío, como la nada de que surgió la creación primera.

“¿Quién sino el mismo Mesías podría nacer en un sepulcro?” Estas fueron las palabras de un sepulturero octogenario, que asistió a una joven judía, refugiada durante la persecución nazi en un sepulcro del cementerio de Wilna, donde dio a luz⁴. La paradoja de la vida que nace en el lugar de la muerte es digna de Dios. Pero para que la paradoja sea total, la vida nueva que nace tiene que ser, no una vida transida de muerte, como la de ese pobre niño judío, que a falta de leche de su madre tenía que sorber sus lágrimas, sino una vida plena, una victoria sobre la muerte. Que el sepulcro que sella la muerte quede abierto y vacío, aunque no sea fundamento de fe, tiene un significado, no en sí mismo, sino en cuanto nos remite a la manifestación de una vida nueva.

Algunos plantean hoy la cuestión en estos términos: ¿tuvo que quedar el sepulcro vacío? ¿no pudo resucitar Jesús, aunque su cuerpo, es decir, su cadáver quedara en el sepulcro? Sabemos que para que el cuerpo sea idéntico no tiene que darse *identidad de materia*. Durante nuestra vida la materia de nuestro cuerpo se renueva totalmente al cabo de unos años y, sin embargo, el cuerpo sigue siendo el mismo. Con los cuerpos resucitados y por tanto con el de Jesús podría suceder lo mismo; no haría falta que la materia fuera la misma sepultada con el cadáver. Todo esto puede admitirse, pero no decide nada. Cuando Dios interviene libremente en la Historia, sus intervenciones no las podemos calcular de antemano partiendo de las posibilidades. Tenemos que preguntar a la Historia. Los datos que ésta aporta están todos en favor del sepulcro vacío.

³ Cf. en éste mismo número J. J. ROMERO, *La resurrección de Jesús en los orígenes cristianos*

⁴ Lo refiere P. TILLICH, *Se commueven los cimientos de la tierra*, p. 262.

Este vacío nos dice que algo ha cambiado incluso en nuestro mundo físico, que lo nuevo que empieza tiene una dimensión cósmica, toca también a la materia. Pero el sepulcro de Jesús es al mismo tiempo un sepulcro abierto ¿Abierto a qué? La respuesta no la da el mismo sepulcro ni el comprobar que estaba vacío; solamente la darán las apariciones del Resucitado.

4. Las apariciones

Decíamos al principio que en las narraciones de apariciones, que traen los evangelios, hay unos rasgos realistas. Estos pudieran llevar a pensar en un cuerpo del resucitado igual o semejante al cuerpo mortal. Pero hay que tener en cuenta, en primer lugar, cuál es la intención de estas narraciones. Pretenden mostrar que las apariciones son *reales*, que tienen delante un ser corpóreo y no un espíritu. Muy pronto, ya en el s. I, surgirían en la Iglesia unas corrientes espiritualistas, que reducían la realidad corporal de Jesús a meras apariencias. Lucas en particular reacciona contra esto (24,36-43): Jesús tiene carne y huesos; es un cuerpo real. Al mismo tiempo destacan que el que ahora se les aparece es el *mismo* que ellos habían conocido y tratado familiarmente: “Soy yo mismo” (Lc 24,39). Pero, en segundo lugar, también decíamos que hay unos rasgos contrarios a estos realistas; si no se diera este otro aspecto, no haría falta destacar la realidad e identidad. Ambos grupos de rasgos hay que tomarlos *complexivamente*. No podemos quedarnos solo con uno de los dos aspectos. El cuerpo de Jesús resucitado es el mismo que el del hombre mortal, que ellos habían conocido, pero al mismo tiempo es *completamente diverso*. Jesús se aparecía “bajo otra figura” (Mc 16,12).

Se suele decir que las apariciones son *objetivas*. Si con ello se entiende que no son producto de alucinaciones, es verdad. Se pueden estudiar las leyes psicológicas de las alucinaciones y ver que no se cumplen en las apariciones. Pero sería una equivocación pensar que la sola percepción sensible es de por sí capaz de llegar a reconocer al resucitado. La simple presencia sensible deja a los discípulos temerosos, desorientados, lo confunden con un cualquiera. Y no es que Jesús jugara a los disfraces. Es, como señala Lucas, que “sus ojos estaban ligados para reconocerlo” (24,16). Quien como Tomás confía sólo en ver y tocar, se equivoca; es un camino positivista que pone en peligro la fe (cf. Jn 20, 24-29).

Las apariciones son *encuentros personales* con el resucitado. El cuerpo que aparece no es un simple conjunto de rasgos. Es la exteriorización del espíritu. La dificultad en reconocer a Jesús está indicando que su cuerpo ha cambiado, no en la materialidad de sus rasgos externos, sino en lo que es la esencia misma del cuerpo; la vida que le anima y que exterioriza es ahora distinta de la de antes.

Un principio general de teoría del conocimiento afirma que entre el sujeto que conoce y el objeto conocido hace falta que se dé una *connaturalidad*. Para percibir la belleza de una pieza musical no bastará percibir distintamente todas las notas; hará falta que éstas resuenen en un espíritu educado, musicalmente; de lo contrario la música no

es más que un ruido. Para percibir el valor de una acción moral hace falta tener una predisposición moral. Este principio lo podemos aplicar a la corporeidad del resucitado. Esta corporeidad era en su misma esencia manifestación de una vida nueva. Quien no tuviera una predisposición, un germen de esta vida nueva, no captaba realmente el ser mismo de esta corporeidad, por más que viera, oyera y tocara. ¿Por qué desaprovechó Jesús la ocasión de mostrarse a sus enemigos? Una apologética racional, que quisiera apoyarse en argumentos puramente históricos, pensaría que hubiera sido una prueba contundente. A la luz de los evangelios tenemos que decir que hubiera sido completamente inútil; no lo hubieran reconocido. Pensar que la simple percepción externa basta es destruir la Resurrección como misterio de fe; es reducirla a las dimensiones de las realidades mundanas y su corporeidad a una corporeidad terrena, que está dada ahí a la mano; es pretender disponer de ella y manejarla, actitud propia del hombre técnico, pero no del creyente.

Los evangelios, en particular el de Lucas, nos orientan decididamente en esta dirección del conocimiento por connaturalidad. Los testigos de la Resurrección son solamente aquellos que durante la vida pública de Cristo le han seguido. Pero todavía son incapaces de reconocerlo. Su palabra eficaz tiene que transformarlos interiormente. Tienen que aceptar que “convenía” que Cristo muriera y resucitara (cf. Lc 24,44; Jn 20,9), es decir, que éste era el plan de Dios contenido en la Escritura. Sus ojos tienen que abrirse por la fe para integrar las apariciones en una nueva interpretación de las profecías. Intervienen también en el reconocimiento signos sacramentales, en particular “el partir del pan”, la eucaristía (cf. Lc 24,30-35).

“*Cristo resucita en la fe de la Iglesia*”. Esta afirmación puede ser mal entendida, si suprime la Resurrección como fundamento de la fe. Pero es verdad, si se entiende con ella que una pura constatación neutra de la Resurrección es imposible. La revelación es un momento interno de la Resurrección y para que haya revelación no basta que Dios ponga un objeto de conocimiento fuera de nosotros; tiene al mismo tiempo que transformarnos internamente, tiene que abrirnos los ojos. La Resurrección es además la forma suprema y lograda de la Revelación. Por ello no puede quedar en un ofrecimiento de fe, sino que tiene que llegar en el plan de Dios a una aceptación de fe.

Las narraciones de los evangelios nos dicen que es real el cuerpo del resucitado y que es distinto del cuerpo mortal. Pero proceden de un modo más bien descriptivo, sin plantearse cuestiones más reflexivas sobre el significado mismo del cuerpo resucitado. A un tipo de pensamiento más reflexivo le dejarán cierta insatisfacción. Para responder a esas cuestiones el mejor camino es acudir a lo que nos dice S. Pablo.

5. El cuerpo resucitado en S. Pablo

Cuando encontramos en S. Pablo el término “cuerpo” (y lo encontramos muchas veces) tenemos que evitar entenderlo en el mismo sentido que hoy corrientemente tiene. Para S. Pablo no es un simple conglomerado de materia, células, tejidos y órga-

nos. La anatomía y la fisiología nos dicen mucho sobre el cuerpo; pero no nos dicen en último término que *es* el cuerpo.

Tampoco se lo puede entender como contrapuesto al alma, cuerpo y alma como dos sustancias que están unidas formando al hombre, que se separan por la muerte y vuelven a unirse en la resurrección. Este modo de pensar es una herencia del pensamiento griego, pero no es el semítico, propio de S. Pablo. Para S. Pablo el hombre no *tiene* cuerpo, sino es cuerpo. El cuerpo es el *hombre* entero bajo un aspecto particular. Es el hombre en cuanto sujeto de acción y de pasión, en cuanto se manifiesta y se comunica.

En el cuerpo luchan poderes contrarios: el poder del pecado que lleva a la muerte y el poder de Dios que lleva a la resurrección (Rom 6,12s). El cristiano tiene que realizar su servicio a Dios en su existencia corporal. Por el cuerpo el hombre se inserta en el mundo y entra en relación con los otros hombres. El cuerpo es el hombre entero en cuanto toma una decisión en favor o en contra de Dios.

Hay, por tanto, en S. Pablo una valoración positiva del cuerpo, pero al mismo tiempo reconoce en su estado actual unas limitaciones y unas trabas; el cuerpo está sometido al pecado y a la muerte. La resurrección es la supresión de estas limitaciones y sometimientos. Es el estado *definitivo* en que se cumplen todas las posibilidades de realización. La decisión por Dios, la inserción en el mundo y la comunicación con los otros hombres, llegan a su plenitud. Y si todo esto se puede decir de muchos, es porque participan de la resurrección de uno, del “primogénito de entre los muertos” (Col 1,18). Todo lo que S. Pablo dice de los cuerpos de los que resucitarán con Cristo hay que aplicarlo, en primer lugar, al cuerpo mismo de Cristo resucitado.

El cuerpo resucitado será siempre un concepto misterioso, porque carecemos de una realidad física conocida, de la que podamos partir para fomarnos una idea. S. Pablo lo designa de modo paradójico como “cuerpo espiritual” (1 Cor 15, 44). Pero, al mismo tiempo, vemos que no es algo sin sentido y él mismo nos abre una pista para una cierta inteligencia. Toda la rica eclesiología de S. Pablo en torno al “cuerpo de Cristo”, que es la Iglesia, es algo más que una simple metáfora. Hoy día utilizamos la palabra “cuerpo” en el sentido metafórico y social de una corporación. Partimos de la pluralidad de individuos o miembros de una sociedad y llegamos a una cierta unidad. S. Pablo al hablar del “cuerpo de Cristo” procede de modo contrario: parte de la unidad, que es el cuerpo individual y glorioso de Cristo en su realidad concreta, y llega a la pluralidad, que son los cristianos. El cuerpo glorioso de Cristo es capaz de incorporar a sí o de solidarizar consigo a todos los hombres. La *corporeidad* en su realidad concreta es el fundamento de la *corporatividad*, de una nueva unidad mucho más estrecha que la de las sociedades construidas por los hombres, que no suprimirán nunca una cierta dosis de acantonamiento individualista.

Aunque sólo hemos apuntado estas reflexiones paulinas, que en sus epístolas adquieren un amplio desarrollo, podemos caer en la cuenta de la riqueza teológica que encierran. No podemos quedarnos en la superficie de esos rasgos más anecdóticos, que son el aparecer o desaparecer o el “filtrarse” por las paredes, Basándose en S. Pablo, Teilhard

de Chardin ha desarrollado una grandiosa visión cristológica de toda la creación, cuya realidad central y culminante es el cuerpo (en sentido paulino) de Cristo resucitado. Por otra parte, el pensamiento filosófico moderno sobre el cuerpo, de vuelta del influjo griego, está muy cercano al de S. Pablo y nos permite comprender mejor la: resurrección corporal.

S. Pablo dice que la resurrección corporal, cuyas primicias es la de Cristo, no es sólo el acto final que está íntegramente por realizar, sino que es *un proceso que está ya en marcha* y que ha comenzado por el bautismo (cf. Rom 6,3; Col 3,10; Ef 4,2.4). En la vida cristiana hay siempre una tensión entre la posesión y la esperanza. Esta vida cristiana, en la que ya el cuerpo es “para el Señor” (1 Cor 6,13), es lo que más nos permitirá vislumbrar algo del misterio del cuerpo resucitado de Cristo. El campo de las leyes de la materia cada día presenta mayor amplitud y mayores oscuridades, sobre todo por lo que se refiere a los influjos psicológicos sobre ella (cf. la parapsicología). Por este camino conocemos algo de estados del cuerpo distintos de los normales y que son muy mal conocidos. Esto nos puede llevar a una apertura hacia las posibilidades de transformación del cuerpo, aún en lo que tiene de material. Si una simple alucinación natural puede producir una sensible transfiguración del cuerpo, podemos preguntarnos qué transformación obrará la plenitud del espíritu de Dios. Pero por este camino no iremos demasiado lejos. Mucho más nos acercará un Cristianismo vivido corporalmente. Habrá que purificarlo de los influjos griegos, platonizantes, que han llevado a un puro espiritualismo, al Cristianismo de la “salvación del alma”. Será un cristianismo inserto en el mundo, que valora la materia, que no se encierra en la intimidad de la persona, que asume la responsabilidad de crecer y realizarse en el mundo cada vez más plenamente, sin estancamiento, que es vivido no individualmente, sino en solidaridad con los demás. Esto dará cuerpo al Cristianismo. Y otra vez recordamos que no se trata de una simple metáfora. Nuestro cuerpo es en definitiva todo esto; lo es ahora imperfectamente. El cuerpo resucitado de Cristo, es decir, Cristo con su corporeidad gloriosa, es la consumación de esto que ahora está haciéndose, una consumación anticipada en uno, que va incorporando a sí a muchos. Aun el mismo mundo material participará, a través del cuerpo, de esta liberación renovadora y transformadora (cf. Rom 8,22).

A lo que el hombre en definitiva aspira es a la realización plena de su ser todo y uno, no de una parte de sí. Sin esta realización plena y total sus aspiraciones y esperanzas quedan colgadas en el vacío, se hundirían y carecerían de sentido. La resurrección corporal de Jesús nos da, en el claroscuro del misterio, la certeza de que este último término de la vida es una realidad y nos deja entrever cómo es este término.

6. La historicidad de la resurrección de Jesús

La existencia del hombre, por su corporeidad terrena, limitada en el espacio y en el tiempo, sometida a la constatación sensible, es una existencia histórica. A la luz de lo dicho anteriormente preguntamos: ¿es la resurrección de Jesús un suceso histórico? Para algunos suceso histórico equivale a suceso real y por eso se escandalizan cuando muchos teólogos niegan que la resurrección de Jesús sea un hecho histórico. Puede que

se trate sólo de una cuestión de palabra. Pero puede que detrás de esta cuestión haya un espíritu positivista, que quiere someter el misterio al conocimiento racional, lo cual es destruirlo. Algo de esto se ha dado en la Teología, porque se le asignaba a la resurrección de Jesús un puesto exclusivo en la Apologética y en una Apologética de tinte bastante racionalista. Pero lo histórico es sólo una parte de la realidad, el modo de existir imperfecto de lo que está haciéndose.

La resurrección de Jesús *no es un suceso histórico*, porque no está sometida a las circunstancias temporales ni es constatable por un conocimiento ordinario. Solo una revelación divina la da a conocer, o mejor, ella misma se da a conocer como revelación divina; y solo la fe capta la revelación. La muerte de Jesús sí es un suceso histórico. Esto se expresa en el credo diciendo que “padeció debajo del poder de Poncio Pilato”. Pero no resucitó “bajo” Poncio Pilato sino “sobre” él, porque ya no estaba sometido a las leyes de la historia, a la trama de intereses humanos que lo llevaron a la muerte.

Jesús resucitado se aparece, toma contacto con la historia viniendo de más allá de la historia, con la plena libertad del que está por encima de ella. La Resurrección es un suceso que no está sometido al desgaste del tiempo. El resucitado entra en contacto con el hombre de hoy no desde la lejanía del pasado, sino como el que hoy está presente (cf. Mt 28,20),

La Resurrección es la *plenitud* o consumación del tiempo. Esto no quiere decir, sin embargo, que sea una eternidad atemporal. Como no es la supresión de la corporeidad sino su potenciación y superación en una corporeidad nueva, así tampoco es la supresión del tiempo. Ni es su simple prolongación indefinida. Es hacia donde desemboca el tiempo configurado en Historia y lo que le da su sentido y fundamento.

Lo más que podemos afirmar es que la Resurrección tiene un “borde histórico”; el sepulcro vacío y la fe de la primera comunidad cristiana son constatables históricamente. Pero ni uno ni otra es la Resurrección misma. Nos remiten a algo que ha sucedido, pero que escapa a lo que el simple historiador puede alcanzar.

7. Conclusión

A lo largo de lo dicho, lo mismo a propósito del cuerpo que a propósito de la Historia, hemos evitado dos extremos: por una parte, el positivismo, que si es ingenuo se queda con una sobrevida muy semejante a esta vida mortal, y si es crítico la rechaza como extrapolación arbitraria y estadio superado de religiosidad, y por otra el espiritualismo, para quien la resurrección corporal no significa nada o significa bien poco y la vida eterna es la supresión de la Historia. La resurrección corporal, esperanza del cristianismo, no es sin embargo un término medio equidistante de los extremos ni un compromiso entre ambas posiciones: Es una posición integradora, que afirma la creación entera y la ve en marcha hacia un futuro absoluto, que será su consumación definitiva y que ha comenzado ya con Cristo.